Museo Ramón Gaya

Poemas para Ramón Gaya

Museo Ramón Gaya

Poemas para Ramón Gaya

DIRECCIÓN
Manuel Fernández-Delgado

COORDINACIÓN
Victoria Clemente

DOCUMENTACIÓN
Ana Álamo

GESTIÓN
Isabela Antón
Juan Carlos Díaz
Inmaculada Guarinos
Ana Martínez

DISEÑO GRÁFICO CATÁLOGO
Severo Almansa & Rosa de la Obra Asociados

FOTOGRAFÍA
Archivo Museo Ramón Gaya

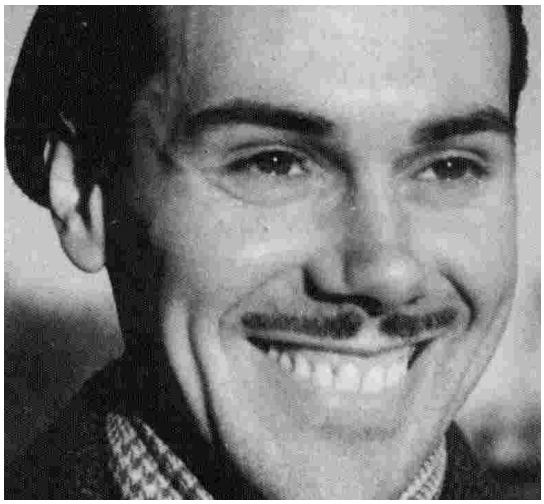
AGRADECIMIENTOS
Isabel Verdejo

IMPRIME
A.G. Novograf

Dep. Legal:
ISBN 978-84-96760-92-9

Portada:
Ramón Gaya
La copa vacía. 1948 (fragmento)
Gouache sobre papel
42,3 x 53 cm

Mano de Ramón Gaya, 2005. Fotografía de Juan Ballester



LUIS CERNUDA (Sevilla, 1902 - México, 1963)

Poeta y ensayista, una de las figuras fundamentales de la Generación del 27. Su obra se inscribe dentro de una corriente que se ha calificado como neorromántica. Estudia Derecho en su ciudad natal. Pedro Salinas, de quien era discípulo, lo orienta en sus primeros pasos como poeta; poco después le gestiona un lectorado de español en Toulouse. Comienza a leer a los poetas franceses, interesándose también por los surrealistas. En 1927 publica *Perfil del aire* en *Verso y Prosa*; publicará su poema de corte clasicista *Égloga, Elegía, Oda*. En 1931 comienza la redacción de *Los placeres prohibidos*. Colabora con Misiones Pedagógicas, proyecto cultural de la República. En 1934 aparece su libro *Donde habite el olvido*. Durante la guerra colabora con la revista *Hora de España* y asiste al IIº Congreso Internacional de Escritores Antifascistas. Enero de 1939, comienza su exilio, acepta el puesto de lector de español en la Universidad de Glasgow; se interesa vivamente por los poetas ingleses; de 1943 a 1945, lector en Cambridge, comienza la redacción de *Ocnos*. De 1947 a 1952 es profesor de Literatura Española en Mount Holyoke (Massachusetts). En noviembre de 1952 se instala en México; comienza a dar clases en la Autónoma de México. 1955, primer homenaje en España, organizado por la revista cordobesa *Cántico*. En 1962, un segundo homenaje, esta vez organizado por la revista valenciana *La Caña Gris*. Reúne toda su poesía bajo el sugestivo título de *La Realidad y el Deseo*. Bajo la influencia directa de la poesía anglosajona, su obra se hace más autobiográfica y reflexiva. Muere en México el 5 de noviembre de 1963. Su obra ha sido y es objeto de innumerables estudios.

A Ramón Gaya

Esperé un dios en mis días
Para crear mi vida a su imagen
Pero el amor es un agua
Que arrastra afanes al paso

Me he olvidado a mí mismo en esas ondas
Vacío el cuerpo doy contra las luces
Vivo y no vivo muerto y no muerto
Ni tierra ni cielo ni cuerpo ni espíritu

Soy eco de algo
Lo estrechan mis brazos siendo aire
Lo miran mis ojos siendo sombra
Lo besan mis labios siendo sueño

He amado ya no amo más
He reído tampoco río.

El poema *dedicado a Ramón Gaya* se publicó en *Donde habite el olvido*. Revista *Héroe (Poesía)* Nº 3, 1932.

Retrato de poeta
(Fray H.F. Paravicino, por El Greco)

A Ramón Gaya

¿También tú aquí, hermano, amigo,
Maestro, en este limbo? ¿Quién te trajo,
Locura de los nuestros, que es la nuestra,
Como a mí? ¿O codicia, vendiendo el patrimonio
No ganado, sino heredado, de aquellos que no saben
Quererlo? Tú no puedes hablarme, y yo apenas
Si puedo hablar. Mas tus ojos me miran
Como si a ver un pensamiento me llamaran.

Y pienso. Estás mirando allá. Asistes
Al tiempo aquel parado, a lo que era
En el momento aquel, cuando el pintor termina
Y te deja mirando quietamente tu mundo
A la ventana: aquel paisaje bronco
De rocas y de encinas, verde todo y moreno,
En azul contrastado a la distancia,
De un contorno tan neto que parece triste.

Aquella tierra estás mirando, la ciudad aquella,
La gente aquella. El brillante revuelo
Miras de terciopelo y seda, de metales
Y esmaltes, de plumajes y blondas,
Con su estremecimiento, su palpitar humano
Que agita el aire como ala enloquecida
De mediodía. Por eso tu mirada
Está mirando así, nostálgica, indulgente.

El instinto te dice que ese vivir soberbio
Levanta la palabra. La palabra es más plena
Ahí, más rica, y fulge igual que otros joyeles,
Otras espadas, al cruzar sus destellos y sus filos
En el campo teñido de poniente y de sangre,
En la noche encendida, al compás del sarao
O del rezo en la nave. Esa palabra, de la cual tú conoces,
Por el verso y la plática, su poder y su hechizo.

Esa palabra de ti amada, sometiendo
A la encumbrada muchedumbre, le recuerda
Cómo va nuestra fe hacia las cosas
Ya no vistas afuera con los ojos,
Aunque dentro las ven tan claras nuestras almas;
Las cosas mismas que sostienen tu vida,
Como la tierra aquella, sus encinas, sus rocas,
Que estás ahí mirando quietamente.

Yo no las veo ya, y apenas si ahora escucho,
Gracias a ti, su dejo adormecido
Queriendo resurgir, buscando el aire
Otra vez. En los nidos de antaño
No hay pájaros, amigo. Ahí perdona y comprende;
Tan caídos estamos que ni la fe nos queda.
Me miras, y tus labios, con pausa reflexiva,
Devoran silenciosos las palabras amargas.

Dime. Dime. No esas cosas amargas, las sutiles,
Hondas, afectuosas, que mi oído
Jamás escucha. Como concha vacía,
Mi oído guarda largamente la nostalgia
De su mundo extinguido. Yo aquí solo,
Aun más que lo estás tú, mi hermano y mi maestro,
Mi ausencia en esa tuya busca acorde,
Como ola en ola. Dime, amigo.

¿Recuerdas? ¿En qué miedos el acento
Armonioso habéis dejado? ¿Lo recuerdas?
Aquel pájaro tuyo adolecía
De esta misma pasión que aquí me trae
Frente a ti. Y aunque yo estoy atado
A prisión menos pía que la suya,
Aún me solicita el viento, el viento
Nuestro, que animó nuestras palabras.

Amigo, amigo, no me hablas. Quietamente
Sentado ahí, en dejadez airosa,
La mano delicada marcando con un dedo
El pasaje en el libro, erguido como a escucha
Del coloquio un momento interrumpido,
Miras tu mundo y en tu mundo vives.
Tú no sufres ausencia, no la sientes;
Pero por ti y por mi sintiendo, la deploro.

El norte nos devora, presos en esta tierra,
La fortaleza del fastidio atareado,
Por donde sólo van sombras de hombres,
Y entre ellas mi sombra, aunque ésta en ocio,
Y en su ocio conoce más la burla amarga
De nuestra suerte. Tú viviste tu día,
Y en él, con otra vida que el pintor te infunde,
Existes hoy. Yo ¿estoy viviendo el mío?

¿Yo? El instrumento dulce y animado,
Un eco aquí de las tristezas nuestras.

Retrato de poeta, escrito entre el 2 de noviembre y el 30 de diciembre de 1950. Publicado inicialmente sin dedicatoria en la revista *Orígenes* de La Habana. Posteriormente, dedicado a Ramón Gaya, se incluyó en *Las horas contadas*.

JUAN GIL-ALBERT (Alcoy, 1906 - Valencia, 1994)

Poeta y ensayista. Estudia Derecho y Filosofía y Letras en Valencia. En 1927 publica sus primeras prosas: *La fascinación de lo irreal* y *Vibración de estío*; más tarde, y gracias a la influencia de sus amigos poetas: García Lorca, Luis Cernuda, Juan Ramón Jiménez, entre otros, empieza a escribir poesía. Durante la guerra participa en la fundación de la mítica revista *Hora de España*, siendo uno de sus colaboradores habituales; toma parte en el IIº Congreso Internacional de Escritores Antifascistas. En 1939, tras su paso por el campo de concentración de Saint Cyprien (sureste de Francia), comienza su exilio en México y más tarde en Argentina.
Regresa a Valencia en 1947. Tras varios años de silencio, en la década del setenta comienza una recuperación de su figura con la publicación de algunos de sus libros: *Crónica general*, *Fuentes de la constancia*, *Las ilusiones*, *Heraclés*, *Memorabilia*, *A los presocráticos* y una nueva edición de *Breviarium vitae*. En 1982 obtiene el *Premio de las Letras del País Valenciano*. Recibe la Medalla al Mérito de Bellas Artes, es investido Doctor Honoris Causa por la Universidad de Alicante y nombrado Hijo Predilecto de Alcoy. Su *Obra completa* ha sido editada a partir de 1985.

Leve palmeral

A Ramón Gaya

Agua o sol te estallaba en tu madera
alta esa fuente en peso que esclataste,
peso con gracia de aire derramaste
fina en el mar, curvada a tu manera.

Delgado oasis, pluma viajera
que aquellos amarillos desertaste,
hacia el norte sombrío que surcaste
otros árboles buscas friolera.

Fija indeciso el paso de emigradas,
detén brazos errantes del estío
por amoroso viento humedecidos;

más allá son las brumas apagadas,
más allá son las cuencas del vacío
donde indolentes brazos caen vencidos.

Leve palmeral, publicado en *Misteriosa presencia*, editado por Manuel Altolaguirre en *Héroe*, Madrid, 1936.

Lamento de un joven arador

A Ramón Gaya

Una vez, siendo niño, era el verano,
un viejo labrador me llevó un día
sobre su curvo arado en el que dueño
recorría la tierra. Fue un instante

de azarosa belleza en que allí erguido
sobre el madero arcaico, vi moverse
mi fe sobre una oscura espuma densa
que a mi paso se abría. Tras mis hombros,

el anciano velaba mi entusiasmo,
como esos genios que más tarde he visto
en un vaso pintado protegiendo
la adorable inocencia y en los lindes,

de aquella complaciente tierra negra,
bajo los centenarios olivares,
mis padres, con sombrillas, me miraban,
como dioses que aprueban. Encendidas,

como chispas de oro, las cigarras
en torno nos traían los calores
de su ventura, mientras que aquel rapto
convertíame en sueño que redime

de tantas postraciones venideras.
Sueño sin duda, sueño desolado,
que brilla en mi memoria como un ángel
que vino y me tocó y alzó su vuelo.

Heme aquí entre el hollín de las ciudades,
la lividez, la envidia y el acento
lúgubre de una lucha despiadada,
sombra de aquel instante que destella.

Lamento de un joven arador, publicado en *las Ilusiones con los poemas de El Convaleciente*.
Buenos Aires, 10 de noviembre de 1944.

JORGE GUILLÉN (Valladolid, 1893 – Málaga, 1984)

Poeta y crítico literario, perteneciente a la Generación del 27. Estudia Filosofía y Letras en Madrid y en Granada. En 1924 se doctora y visita Alemania después de haber sido lector de español en La Sorbona (1917-1923), actividad que repite años más tarde en Oxford. En 1925 obtiene la cátedra de Literatura Española en la Universidad de Murcia, pasando a la de Sevilla tres años después. En diciembre de 1928 aparece en la *Revista de Occidente Cántico*, su libro de poemas que lo consagrará como poeta. Continúa impartiendo docencia en Sevilla hasta 1938, año en que se auto-exilia a los Estados Unidos, donde impartirá clases de Literatura Española hasta el final de su carrera académica. Colabora con algunas revistas de literatura españolas como *España*, *La Pluma*, *Índice*, *Revista de Occidente*, para más tarde hacerlo con algunas hispanoamericanas. En 1951 aparece *Cántico* en su versión más completa, en una editorial suramericana. En 1957 se produce su regreso a España, estableciéndose en Málaga. En el año 1976 recibe el Premio Cervantes en su primera edición. El acto se celebra en el Paraninfo de la Universidad de Alcalá. En 1977 se le concede el Premio Internacional Alfonso Reyes. Fue nombrado Hijo Predilecto de Andalucía en 1983, un año antes de morir en Málaga, el 6 de febrero de 1984.

Vaso de agua

Homenaje a la pintura admirable de Ramón Gaya

No es mi sed, no son mis labios
Quienes se placen en esa
Presencia, ni con resabios
De museo se embelesa
Mi visión de tal aplomo:
Líquido volumen como
Cristal que fuese aun más terso.
Vista y fe son a la vez
Quienes te ven, sencillez
Última del universo.

Vaso de agua. El 4 de febrero de 1951 desde México, a través de Julián Calvo, el autor le hace llegar el poema manuscrito al pintor en un pliego titulado *Jorge Guillén 1950*, edición de 75 ejemplares cuidada por el propio Julián Calvo e impresa en Ciudad de México el 18 de enero de 1951. El poema lleva la siguiente dedicatoria: *Homenaje a la pintura admirable de Ramón Gaya*. Posteriormente fue incluido en *Cántico* edición de 1951, sin dedicatoria.

Ya se acortan las tardes

En el justo homenaje
al pintor-poeta-crítico Ramón Gaya

Ya se acortan las tardes, ya el poniente
Nos descubre los más hermosos cielos.
Maya sobre las apariencias velos
Pone, dispone, claros a la mente.

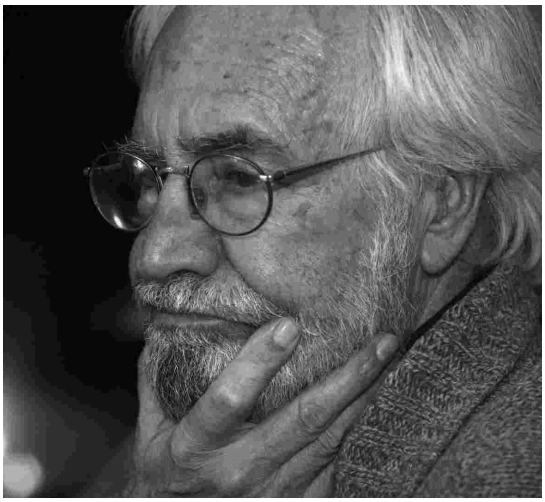
Ningún engaño en sombra ni en penumbra,
Que a los ojos encantan con matices
Fugitivos, instantes muy felices
De pasar frente al sol que los alumbra.

Nos seduce este cielo de tal vida,
El curso de la gran Naturaleza
Que acorta la jornada, no perdida
Si hacia la luz erguimos la cabeza.

Siempre ayuda la calma de esta hora,
Lenta en su inclinación hasta lo oscuro,
Y se percibe un ritmo sobre el muro
Que postrero fulgor ahora dora.

Este poniente sin melancolía
Nos sume en el gran orden que nos salva,
Preparación para alcanzar el alba,
También serena si es mortal el día.

Ya se acortan las tardes, escrito para el *Homenaje a Ramón Gaya* en octubre de 1980. Posteriormente publicado en *Final*, 1981.



TOMÁS SEGOVIA (Valencia, 1927)

Poeta, dramaturgo, novelista y traductor. Contando apenas nueve años de edad parte con su familia al exilio, primero a Francia, después a Casablanca y posteriormente a México, su país de adopción, donde ha residido una gran parte de su vida. Estudia Filosofía y Literatura en la Universidad Autónoma de México y en el año de 1957 ingresa como profesor de la UNAM, donde dirige la *Revista Mexicana de Literatura*. Publica sus primeros poemas en 1950, obteniendo la beca Guggenheim. Ha sido profesor de Literatura en Princeton y en otras universidades norteamericanas; ha dirigido también importantes revistas mexicanas de literatura. Ha publicado más de una veintena de libros de poesía tanto en México como en España, entre los que se cuentan, entre otros, *La luz provisional* en 1950, *Apariciones* en 1957, *Cuaderno del nómada* en 1978, *Cantata a solas* en 1985, *Lapso* en 1986, *Noticia natural* en 1992 *Fiel imagen* 1996. *Misma juventud*, *Día tras día*, *Llegar*, *Siempre todavía*, *Aluvial*... A pesar de su marcada resistencia a las distinciones personales, su obra ha recibido innumerables premios, como Villaurrutia de Poesía en 1973, Magda Donato en 1983, Nacional de Traducción Alfonso X en 1982 y 1984, Octavio Paz de Poesía y ensayo en su segunda convocatoria, Juan Rulfo en 2005 y García Lorca en 2008. A partir de 1983, Pre-Textos será su editorial española. Desde 1980 divide su tiempo entre México D.F. y Madrid.

Vivido

Para Ramón Gaya, siempre ejemplar

El día brasa consumida
se apaga y se aligera.

Cargado de invisibles huellas
El cielo fatigado duerme.

En la penumbra tibia
me refresco los ojos
y con hielo lunar mitigo
la larga quemadura
de la hermosura.

La noche se lo guarda todo;
en su seno me lleva
como en el hueco de la mano un pájaro.
Y del sol guardo aún rastros de fiebre.

Un día más
he estado vivo.

Vivido, escrito el 2 de marzo de 1958 y publicado posteriormente en *El Sol y su eco*, 1960.

Carta a Ramón Gaya en el verano de su vida y de 1980

Ramón
        Estoy sentado delante del verano
Pensando qué palabra o qué tibieza darte
Hoy que se nos otorga una fecha y un sitio
No para que pasemos para que allí acudamos
Para estar allí juntos en un día de signos
Donde el nombre y el pan serán ceremoniales
Pensando qué don darte humilde y verdadero
Que no pague por nada
                que declare la deuda
Pero pensando más en ti que en la tarea
Como el niño que deja sin trenzar la guirnalda
Por soñar la emoción que la motiva
Pensando por ejemplo ante el potente estío
En un brillo horneado que recuerdo en tu frente
Me acuerdo de ti en Roma en México en París
En la nieve en el frío en la temosa lluvia
Tu frente estaba siempre en el verano
Tienes ahí la piedra más clara aún que fuerte
Que topa sin cesar muy altas cristaleras
No mármol ni granito sino canto de río
Que tiene más de pan que no de monumento
Sé qué entera has tenido siempre esa piedra tuya
Que nunca la has molido para arena de diques
Ni la has tirado al suelo para muro de greyes
Piedra en pie piedra en puño piedra inmóvil de honda
Fuerte no por el peso ni la celeridad
Fuerte por el *momentum* poderosa por dentro
Piedra que nada tiene del hiriente diamante
Excepto lo diáfano de su sombra central
Con sus graves destellos pero sin sus aristas
Sino lisa y pulida y alta como tu frente
Con esa curva fina pero que nada quiebra
Poderosa con calma que has dibujado siempre
Bañada en claridad lo mismo que tus cuadros
Que la luz aureola mucho más que ilumina

Y ahora que te veo llegar hasta tus años
Llevando por delante como tu fuerza viva
La piedra fogueada de tu frente
Pienso que tu mirada que es siempre tan visible
Que se hace para algunos a veces inmirable
Es certera también
Como solo es certera una piedra certera
Segura como el pulso con que tu mano unánime
Persuade el material aun más que lo domina
No lucha con el cuadro como el forzudo púgil
Sino acierta con él como el hondero
Sé que has visto no sé si con mayor justicia
O más utilidad o mejor que los otros
Pero certeramente
Verdades en la vida
Pero sólo lecciones en la historia
Y sé que lo que sueñas y lo que tal vez eres
Es esa unión del pulso seguro y de la piedra
Esa plomada en carne certera y palpitante
Esa especie de piedra animal que es el alma.

Carta a Ramón Gaya en el verano de su vida y de 1980, escrito en Sorede en junio de 1980 y publicado el mismo año en el *Homenaje a Ramón Gaya* por la Editora Regional de Murcia, al cumplir Ramón Gaya 70 años.

Antigua cortesana

(Cuadro de Ramón Gaya)

Es el sitio intocado de una lujuria antigua
Que tanto olvido ha vuelto finalmente sagrado
La mirada entra en puntas de pies y se santigua
Nada queda del viejo fragor decolorado
Por el santo silencio sino la mancha ambigua
Del tenue resplandor con que aún anaranjado
Ya sin deseos llama fielmente intemporal
Se consume el Deseo en un frágil fanal.

Otoño aquí

Este otoño sin prisa
Nos abre su tibieza húmeda y gris
Como si nos abriera cordialmente su casa

Y el vivo revoltijo
Que ocupa el centro cálido del pecho
Se revuelve y se recobra un poco
Y vuelve a degustar como su viejo zumo
La tibia certidumbre
De que estamos aquí sólo por eso
Y para respirar el antiguo sabor
De nuestra cercanía
Que llega siempre envuelto y arropado
De un airecillo gris y tibio y húmedo.

Antigua cortesana, publicado en *Lapso*, libro editado por la Editorial Pre-textos en Valencia en el año 1986.

Otoño aquí, escrito el 11 de octubre de 2001, un día después del cumpleaños de Ramón y publicado en *Salir con vida* de la editorial Pre-Textos, en Valencia, en el año 2003.

Ramón Gaya

Tenía que haber alguien que siguiera asido
A la rienda más firme en la estampida
Alguien que en el rebaño
Donde reina un bullicio de jauría
Y sin soliviantarse sin arremolinarse
Mantuviera la marcha
Tuvo que haber alguno
Que siguiera mirando como en un mediodía
Sin dejarse arrastrar al parpadeo
Tenía que haber ése
Y ése tenía que entregarnos
El mundo que es el nuestro
No repitiéndolo ni suplantándolo
No dando de él siquiera testimonio
Sino dándonos fe de su presencia.

Ramón Gaya, escrito el 14 de marzo de 2003. Publicado en el catálogo *Ramón Gaya*. Premio Velázquez 2002 de la exposición que se celebró en el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía en el año 2003. Posteriormente publicado en *Día tras día* de la editorial Pre-Textos en Valencia, en el año 2005.

Ramón Gaya en el aire

Estaba yo pensando en Ramón Gaya
Estaba yo pensando en ti Ramón
Y ya para empezar me desconciertas
Para empezar me pierdo en la maraña
De un desorden de nombres y pronombres
Pues cómo hablar de ti
De ti Ramón en tercera persona
Pero a la vez si te hablo aquí de tú
Aquí donde no estás donde no está tu oído
Donde no está tu voz
Que pudiera a su vez decirme tú
Cómo saber si no le hablo a una ficción
Si no te hago ficción
Si no te ofrezco como Mallarmé
Una copa vacía y un saludo demente
Si tutearte en mi poema
No es lo que Ramón Gaya llamaría
Una ficción de arte un arte artístico
Pues qué puede llevarme
A hablarle yo a Ramón de Ramón Gaya
Como nunca le hablé en la realidad
Qué me puede llevar
A pretender saltarme así la realidad
La realidad que Ramón dice
Que no se puede saltar nunca
Sino que siempre hay que salvarla
No es a ti es a otros
A quienes hablo en realidad
Quienes tal vez escuchen en la realidad
Pero Ramón mi terca búsqueda
Es cómo hablar de Ramón Gaya
Pero no estar hablando en tercera persona
Pues lo que yo buscaba
Cuando pensaba en Ramón Gaya
Era pensar en él pensando en ti
Era buscar el sitio que tú dices
Donde la vida sigue viva y respirando

Salvada por el arte sin dejar de ser ella
Por ese arte limpio y obediente
Que Ramón Gaya a veces prefería
Que se llamara creación
Para que no fuera a pensar nadie
Que era una confección un artefacto
El triunfo de un dominio de una astuta pericia
Mientras que para ti
La grandeza del arte es su mano vacía
Su mano de mendigo
El gran silenciamiento de sí mismo
Para que hable lo otro lo real
Lo que siempre será más que nuestra inventiva
Y sólo espera nuestra rendición
Para a su vez rendirse y darnos todo
Y así yo busco ahora el sitio
Donde al hablar de Ramón Gaya
No tenga que dejar de hablarte a ti
Y al hablarte de tú
No te esté hablando con mi arte
Mi fascinante juego de pronombres
Mi habilidad reconocida
Sino que hablen enteras las personas
Hablen como hablaría la mano del mendigo
Y al hablar a los otros lo que importe
No es si hablo de él o te hablo a ti
Lo que importe es que en eso que yo digo hables tú.

Ramón Gaya en el aire, escrito el 13 de septiembre de 2009 y publicado en el catálogo de la exposición *Homenaje a la pintura* celebrada en el IVAM en el verano de 2010 con motivo del centenario del nacimiento del artista.

JUAN MANUEL BONET (París, 1953)

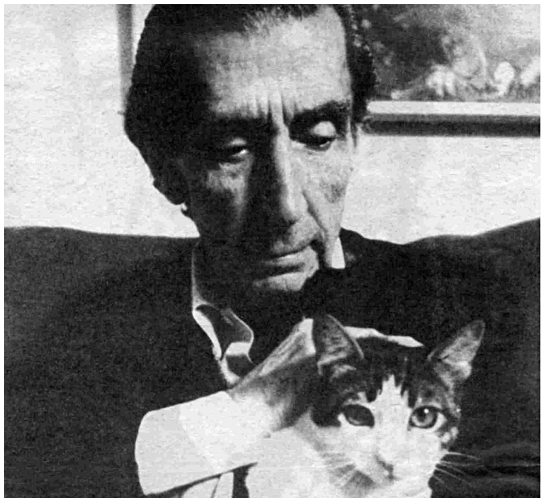
Crítico, comisario de arte y poeta. Considerado como uno de los expertos en pintura más importantes de España, es colaborador habitual, entre otros, de los periódicos de ámbito nacional *ABC* y El *País*. Ha sido director del IVAM (Instituto Valenciano de Arte Moderno) y del MNCARS (Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía). Entre sus obras se encuentran varios libros de poemas, el *Diccionario de las Vanguardias en España* y monografías sobre Juan Gris y Gerardo Rueda. Ha comisariado numerosas exposiciones y retrospectivas de diversos artistas y movimientos de vanguardia.

Tras aquellas altas paredes

A Ramón Gaya

Tras aquellas altas paredes de ladrillos rojos
en los intervalos de sol, bajo aquellos árboles
natural debe ser el orden de las palabras.
Decir aire será empezar una nueva existencia.
Respirar será ver; añorar, dar término
a una clara acuarela sobre perennes aguas;
y escribir, olvidar el trallazo de la muerte,
afirmar la persistencia del gozo en los ojos.

Tras aquellas altas paredes, escrito en 1978 y publicado en el último número de *Artefacto*, revista dirigida por Andrés Trapiello, Quico Rivas, Pancho Ortuño y el propio Bonet.



JOSÉ BERGAMÍN (Madrid, 1895 - Fuenterrabía, 1983)

Es una de las figuras más originales de la intelectualidad española del siglo XX. Siendo también, sin embargo, una figura compleja y contradictoria. Estudia leyes en la Universidad Central de Madrid, formando parte del universo literario desde 1921, año en el que sus artículos comienzan a ser publicados en *Índice*, la revista dirigida por Juan Ramón Jiménez, quien, junto a Miguel de Unamuno, formará parte de su círculo de amistades. Más allá de su actividad como ensayista, poeta y dramaturgo, este autor vinculado a la llamada Generación del 27 y que en 1933 funda y dirige la revista *Cruz y Raya*, desempeña el cargo de Director General de Seguros del Ministerio de Trabajo del primer gobierno de la República. Tras el triunfo de las fuerzas franquistas, José Bergamín inicia un exilio que lo lleva primero a México (donde funda la revista *España Peregrina* y la editorial Séneca) y después a Venezuela y a Uruguay. En 1958 regresa a España y tras una polémica con Torcuato Luca de Tena, director de *ABC*, por orden expresa de Fraga Iribarne, marcha de nuevo al exilio, esta vez a Francia, de donde regresará en 1970. A partir de 1973 comienza la publicación en España de su poesía: *La claridad desierta* (con un epílogo de Ramón Gaya), *Del otoño y los mirlos* (1975), *Apartada orilla* (1976), *Velado desvelo* (1978), *Esperando la mano de nieve* (1982). En 2008, y al cuidado de Nigel Dennis, en la editorial valenciana Pre-Textos aparece el primer tomo de su *Poesía completa*.

Soneto

Homenaje al pintor Ramón Gaya
mejor entre los mejores de todo tiempo.

Hermano, tú que tienes la luz, dime la mía.
RUBÉN DARÍO

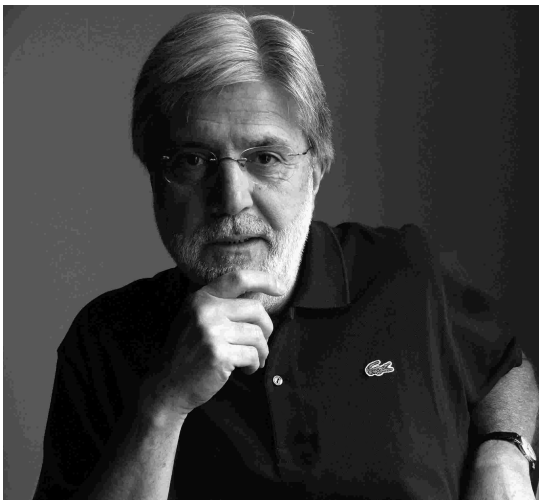
¿Qué fina sombra de amorosa lumbre?
¿Qué cenicienta voz casi apagada?
¿Qué hoja muerta no vuelve llamarada
viva de luz su breve podredumbre?

¿Qué alto vuelo solar, sobre qué cumbre
de espantables abismos rodeada,
no vence al parecer de la mirada
del cielo la infinita pesadumbre?

Siento, Ramón, que ese temblor secreto
que hay en tu luz, y es otra luz más pura,
hace temblar también en mi esqueleto

la melodiosa voz de tu pintura,
diciendo en gongorino verso escueto:
"quien más ve, quién más oye, menos dura".

Soneto, escrito el domingo 14 de septiembre de 1980. Publicado el mismo año en el *Homenaje a Ramón Gaya* por la Editora Regional de Murcia.



ELOY SÁNCHEZ ROSILLO (Murcia, 1948)

Ha publicado ocho libros de poemas: *Maneras de estar solo* (Madrid, 1978, Premio Adonais 1977), *Páginas de un diario* (Barcelona, 1981), *Elegías* (Madrid, 1984), *Autorretratos* (Barcelona, 1989), *La vida* (Barcelona, 1996), *La certeza* (Barcelona, 2005, Premio Nacional de la Crítica), *Oír la luz* (Barcelona, 2008) y *Sueño del origen* (Barcelona, 2011). Los cuatro últimos han ido apareciendo en Tusquets Editores. Los cinco primeramente mencionados, corregidos y en edición definitiva, están reunidos desde 2004 bajo el título *Las cosas como fueron. Poesía completa* (1974-2003) en la misma editorial. Existe una antología de su obra poética, *Confidencias* (Renacimiento, Sevilla, 2006), editada posteriormente en México como *El manantial del tiempo* (Universidad de las Américas, Puebla, 2007). Ha publicado además el ensayo *La fuerza del destino* (Universidad de Murcia, 1992) y tradujo una *Antología poética* de Leopardi (Pre-Textos, Valencia, 1998). Es profesor de Literatura Española en la Universidad de Murcia.

La espera

(Homenaje a Ramón Gaya)

Ésta es mi soledad, verme rodeado de luz.
NIETZSCHE

Se acerca a la ventana, y a través del cristal sus ojos siguen
el curso de esas nubes tan blancas que paulatinas cruzan
el cielo azul de la mañana. Y luego observa
cómo se duerme el sol en la quietud de los tejados,
mientras todo está bien y apenas hay transcurso.

La luz llena el estudio, y los pocos enseres
que ha ido el vivir reuniendo en esta habitación
están aquí en su sitio, y se diría que acompañan
gustosamente con su silencio inanimado al hombre
que ahora abandona la ventana y se acerca despacio
a ese cuadro aún vacío, a los pinceles
que aguardan el instante de dejarse llevar con mansedumbre
por una mano limpia y conocida.

Se ve sobre una mesa una copa con agua,
y en ella unos jazmines. Él los mira, y quisiera
entender el secreto de estas pequeñas flores, el enigma
de su perfume leve, de su frágil blancura,
para poder más tarde dejar temblando sobre el lienzo
la cerrada belleza que lo conmueve y permanece
ajena a su emoción, a sus afanes,
inconquistada y sola, desvalida.

Pero siente que el momento de hacer suya esta hermosura,
de confundirse con su ser, no ha comenzado aún,
y se retira con humildad, se aparta
de ese lugar radiante.
Y vaga por el cuarto,
decidido a esperar a que madure el tiempo
en que la realidad palpitante que ansía,
dulcemente, sin lucha, se le entregue.

Se sienta en una silla. Abre un libro. Regresa
a los versos sabidos de algún poeta amado.
Después, durante un rato, lo acompaña la música,
y perdido en la mágica intimidad de una sonata
piensa quizás, involuntariamente,
en ciertas cosas del pasado: cosas que fueron suyas
y fue perdiendo luego: la ciudad delicada
y polvorienta, dormida bajo el sol,
en la que vio la luz; los no olvidados huertos
de su niñez; aquellos quietos días
en que todo era simple, sin daño, permanente,
y estaba anclado en un rincón del paraíso.

Mas se acabó el encanto. La vida se echó a andar
y dentro de ella germinó la muerte.
El muchacho lo supo, y advirtió
que en lo profundo de su pecho había
una extraña inquietud, un anhelo infinito
de fijar de algún modo —en un papel, acaso sobre un lienzo—
los efímeros dones del mundo. Y desde entonces
se entregó con pasión a su quimera, quiso arder para siempre
en la llama intensísima de ese empeño exclusivo.

La soledad le ha dado compañía, y lo ha ayudado
a defender su fe, a no dejar jamás que se apagara
la sagrada ilusión. Ella lo ha conducido
—fiel a sí mismo siempre, intacto y puro—
a través de los años hasta esa silla en la que hoy
recuerda o tal vez sueña mientras suena la música.

Todo se acalla al cabo. Y el profundo silencio
despierta al soñador. Contempla de nuevo los jazmines,
la transparencia de la copa y los alegres juegos de la luz
en el cristal que brilla.

Y de repente oye
como un rumor de misteriosas aguas, y se siente invadido
por la presencia súbita de un poder que lo impulsa
a coger el pincel y aproximarse al lienzo.

Y casi sin esfuerzo, casi a pesar de él mismo,
su mano va sacando poco a poco de la oquedad del cuadro
la verdad trascendida del cristal y las flores,
que aquí, sobre la tela,
salvados ya del tiempo y del olvido,
ofrecen su inocencia temblorosa y son al fin
imagen viva del amor, cifra del universo.

La espera, escrito el 17 de mayo de 1980 para el *Homenaje a Ramón Gaya* de la Editora Regional de Murcia y publicado posteriormente, en 1981 en *Páginas de un diario*.

Porque nada termina

A Ramón Gaya

Es preciso que todo en apariencia acabe
para que al fin comience.
Sólo entonces los hechos
de nuestro acontecer desordenado
adquieren poco a poco
la rara consistencia indestructible
del sueño o la leyenda; sólo entonces podemos
comprender lo vivido, completarlo,
y soñar sin temores ni asechanzas,
interminablemente,
la maravilla cierta del vivir.

Cuando pienso, Ramón —después del trance
natural de tu muerte—, en los años aquellos
en los que coincidimos en el mundo,
siento que me estremece
el misterio absoluto que es la vida.
Qué suerte para mí tan inmensa y extraña,
inexplicable y misericordiosa,
fue el que nos condujeran nuestros pasos
—a través de avatares cuyo oculto sentido
cifrado permanece—
al día y a la hora y al lugar
en que nos conocimos;
y qué providencial para el que soy
resultó que en sí mismo llevara nuestro encuentro
la bendita semilla
de una amistad tan larga y luminosa.
¿Es esto mero arbitrio
de la casualidad? Es destino y enigma.
A cierta edad, un hombre no se engaña
y sabe lo que ha sido en su existencia
de veras decisivo. No ignoro que sin duda
tú en la mía lo fuiste,
y es imposible y triste imaginarla
sin tu ejemplo constante,
y sin la relación tan duradera
que mantuve contigo y con tu obra.

Sí, yo he estado muy cerca muchas veces
de increíbles prodigios.
Vi surgir tu pintura del abismo del lienzo
y pude contemplar cómo sus formas vivas
lentamente empezaban a respirar despacio
al llegar a este mundo.
Con frecuencia, asimismo,
sabía del fulgor de tus escritos nuevos
antes de publicarse,
y tuve el privilegio de escuchártelos.

Tu obra es patrimonio
de cuantos quieran que les pertenezca.
Pero, además de compartir tan fértil
y tan bella heredad con los que la hacen suya,
yo fui también testigo de tu vida,
y eso sólo unos pocos lo hemos sido.
Ineludible obligación gustosa
y legítimo orgullo
mueven y moverán mi ánimo y mi lengua
al testimonio fiel.

No encuentro en la memoria
lances que te afectaran
y en los que tu persona rayase por debajo
de ti, de la alta imagen
que en quienes te tratamos proyectabas.
Hondura y gravedad no te impedían
ser diáfano y alegre. Nunca he visto
a nadie menos dado a complacerse
en sus propias miserias y desdichas,
aunque al igual que a todos,
e incluso más que a muchos,
la angustia y la tragedia te salieran al paso
y en tu ser pretendieran en vano agazaparse.
Severo y exigente contigo y con los otros
hasta extremosos límites,
mas generoso y comprensivo al cabo,
sin componendas ni renunciaciones.
Ahora estoy acordándome de tus ojos vivísimos,
que hasta el fondo miraban con rigor y ternura.
Y recuerdo tu voz tan íntima y serena,

tu voz que por costumbre, sin excepciones, iba
a buscar las palabras
hasta el origen mismo sagrado de las cosas.

Nada de cuanto digo
se extingue con tu muerte.
Tras esa puerta estrecha, oscura y necesaria
que un día atravesaste,
continúa el camino, ya sin riesgo ninguno
de que discurra por lugar baldío
ni de que, como pudo suceder,
nos resultara ajeno su trazado.
Que los muertos entierren a sus muertos
y la ceniza vaya a la ceniza.
Tu luz y tu verdad
entre nosotros siguen
y han de seguir, tan vivas y tan puras
como en cualquier momento,
limpias de escorias y de contingencias.

Es preciso que todo transcurra y se remanse,
que al parecer concluya para que al fin empiece.
Porque todo está siempre comenzando.
Porque nada termina.

Porque nada termina, publicado en *Oír la luz*. Barcelona, editorial Tusquets, 2008.

ROSA CHACEL (Valladolid, 1898 - Madrid, 1994)

Escritora. Su obra se inscribe dentro de las tendencias vanguardistas surgidas en la década de los años treinta. Vinculada inicialmente al grupo de la *Revista de Occidente* dirigida por el filósofo J. Ortega y Gasset, se dio a conocer como novelista en 1930 con *Estación, ida y vuelta*. A lo largo de su carrera literaria escribe novela, cuento, poesía, biografías y ensayo. *Memorias de Leticia Valle*, *Acrópolis*, *Sobre el piélago*, *Balaam y otros cuentos*, *A la orilla de un pozo* o (el apunte biográfico dedicado a su marido el pintor) *Timoteo Pérez Rubio* y *sus retratos del jardín*, *Saturnal*, *Rebañaduras* y *La lectura es secreto* son tan sólo algunos de los títulos que forman parte de la extensa obra literaria de la autora, gracias a la cual ha recibido diversos reconocimientos, como el Premio Castilla y León de las Letras y el Premio Nacional de las Letras Españolas, además de haber sido nombrada Hija Predilecta de Valladolid y Doctor Honoris Causa por la Universidad de Valladolid.

Ramón Gaya

Distancia, olvido, ausencia, muerte, Nada…,
lo estudiado y también lo padecido,
lo buscado, perdido o escondido,
la pena o gloria, huida o alcanzada.

En la altamar del tiempo aposentada,
la memoria, meciéndose en olvido,
lo que fue, se diría no haber sido,
toda imagen, en sombra o esfumada…

Gritar tu nombre en medio de una calle
rompió el cristal del malhadado hechizo,
borró de cuatro décadas los pasos.

Se disipó la niebla por el valle,
joven, intacta, pura y fiel se hizo
relumbrar la amistad sobre los vasos…

Ramón Gaya, de la creación de este poema da referencias Rosa Chacel en *Alcancía. Vuelta* los días 23 y 25 de mayo de 1980. El día 25 escribe: "Tengo que hacer algo para el Homenaje a Gaya. ¿Seré capaz de hacer un soneto? Lo dudo mucho". Días después fue capaz de escribir este soneto que se publicó en *Homenaje a Ramón Gaya*, Editora Regional de Murcia, 1980.

SOREN PEÑALVER (Albudeite, 1950)

Durante su juventud vive en Londres, París y La Provenza, donde entra en contacto con las vanguardias de la época que le influyen; pero, en constante evolución, conserva de esos años sólo la experiencia interior y los recuerdos de seres y paisajes, que va traduciendo a su poesía. En el inicio de su madurez, cuando comienza a ser conocida su obra, publicada en antologías y revistas, se marcha a vivir a Grecia, país al cual él dice "sentirse siempre deudor espiritualmente, y convaleciente vitalmente". Ha trabajado también, ocasionalmente, para los mundos del ballet, el teatro, el arte y la moda. Es articulista literario en el periódico *La Opinión* de Murcia y para *L´Opinión* de Rabat. Junto con el escritor y el periodista Antonio Parra impulsa la revista literaria *Posdata*. Ha traducido numerosas obras.

Historia de una admiración

A Andrés Peláez

"*Afuera está la realidad ilusoria,*
la vida sueño. La pintura española
es siempre un despertar, una vigilia."
Al entrar en el museo vas musitando
la certidumbre de estas palabras.
Y habla de cuanta devoción debes
a quien las escribió y al dechado
de distinción que es su obra.
Rememora además en su elogio
aquel "*Troppo vero!*" que exclamara
maravillado un papa ante el acabado
fiel de su retrato español.

Su apellido te evoca sugestivo
la ciencia mágica de los vocablos
concertados, le parole preparate,
Góngora y dama Murasaki.
¿Qué dijiste
cuando a él fuiste presentado entre
demasiada gente por el amigo
con quien tantas veces hablaras
de su temperante, bella pintura?
Una frivolidad ingeniosa acaso,
como se esperaba, se exigía
de ti.
Del poeta que prefería
los narcisos a las demás flores
(elegante en plena liza entre
realidad y deseo) fue amigo
y recibió dedicada una elegía
de exilio. No vas a encontrar
sobre estas paredes la efigie
del fraile lírico que motivó
los versos entre el decoro sabio
y la queja humana repartidos.
La tormentosa tarde de afuera

aislará más tus meditaciones
por las salas nimbadas y sombreadas
de esta patria última del espíritu.

Es tu visita de hoy una demora,
una atención única entorpecida
singularmente por un grupo de escolares
que se atropella por instalarse
junto a su viejo mentor. Enfrente
del dios ladrón y el custodio confiado,
en la lengua de Keats se les explica
la peripecia fabulosa de los personajes
y la rigurosidad colorida del cuadro.
Y uno entre los adolescentes te trae
a la memoria cómo eras tú y cómo
tu aviesa alma a esos mismos años.

Ya te afirmabas por entonces
atrevidamente contra aquella
baratura pretenciosa llamada arte
o resultado de una imposición secular
y caricatura del verdadero espíritu.
Y ya sabías que a algunos creadores
de excepción (no te cansabas de citar
el nombre de Paul Mathias Padua
en ejemplo) se les postergaba
en su época por causa de aquella
industria infernal y sus *marchands*.

Tus opiniones eran meteoros
que en medio de toda reunión
estallaban con estrépito,
y arrebatados eran tus juicios,
pero la fuerza de tu insolencia
acertaba el blanco. A aquellos
dilettanti que presumían arribar
la meta y planeaban el nirvana,
conjurabas que como a nuevos Midas
todo lo deseado se les convirtiera
-según la interpretación de su arte-

en abstracto, el alimento terrenal
que se llevaran a la boca para saciar
el hambre, y en un trapezoide
el diseño excitante del cuerpo
que les arrebatara a pasión.

Era que, como en la filosofía, o la poesía,
no creías que la pintura pudiera hacer
la senda de la verdad y la belleza
buscadas hasta la forja del alma
exquisita, aunque a los maestros,
del pasado recurrías a menudo
de una forma estética al menos.
Leonardo, Velázquez y Turner
educaban tu visión, haciéndoles
ya "sentir" a tus ojos ignorantes
la corrección del mundo de las formas
por la mano de ese coterráneo tuyo.

De la calera forzosa del amor
en la que habías caído algo
tardíamente salías cuando
el descubrimiento de su pintura.
Con los sentidos acentuados,
después de haber andado ciego
y atormentado por todo aquello
y sus recuerdos más que quimera
que de deidad, volviste a reanudar
tu educación. De un amigo de carácter
aprendiste a ser buen teólogo,
como el diablo en el convento.
Adoptado el idioma y el vestido
del zángano, desde dentro minaste
aquel interregno de los mercaderes.

Y sobre aguas anduviste salvando
para la tradición a algunos
engañados con talento. Provocaste
el estupor entre los afianzados
en su error, y con enemigos nuevos

más sinuosos que los que tenías
te regalaste. Así fue amasado
tu tesoro que no se apolilla ni
es vulnerable a expoliadores:
el interior, el íntimo no distraído
por las sirenas, y ligero de transportar
si alteradas las corrientes del golfo
has de emigrar hacia otros climas.

Puede ser amada la perfección,
el primor diligente de un artista,
cuando ya la distancia catártica
de la muerte se interpone
entre éste y la nueva amistad
que sabría escudriñar su reserva.
Así, y para que nada temiera
quien la habita, jamás quisiste
allanar esa estancia iluminada
por el aloque ocaso de la realidad
purificada en el espejo apacible,
suntuoso y detallado de un cuadro.
Ni con el pensamiento podrían
en un vaso, una flor y atenuado
líquido apacentar tus labios
si las moradas transfiguradas
de Ramón Gaya penetraran. Reflejo
del suyo ahora agradécele tu mundo,
y acendra con el sentimiento *ab imo*
pectore este torrente de palabras
que concertaste para confesarle
tu adhesión a su pintura y persona.

Historia de una admiración, publicado en el *Homenaje a Ramón Gaya*. Editora Regional de Murcia 1980.

El fluir de las formas

(Variaciones sobre unas pinturas con lluvia y agua de Ramón Gaya)

I

(El merendero por la mañana. Chapultepec, 1949)

Se acerca una barca sola
a la orilla, con su remero
solitario. Entre las mesas
y sillas vacías, que no añoran
el bullicio, tan sólo el toldo
se impacienta. En el lacustre
espejo, desnudo de su llama
áurea, un sol opaco se baña.

II

(El Foro con lluvia. Roma, 1956)

Sobre el parasol de los pinos
sostenedores del cielo, el Arco
de Tito, Il Palatino, la alzada
trinidad columnada, las crecidas
hierbas y Santa Francesca Romana,
renovada desciende la lluvia
-vestal altiva-, y agranda
los ojos que no la esquivan.

III

(La acequia, 1977)

El Meandro o el Ilisos
el Wad'Rumán o aquel afluente
de gingkos otoñales,
no anulan a la paulatina
acequia, el soliloquio
del limonero y la siesta.

Una corriente que insiste
y no se repite. Las claras
ondas, cuyo destello dora
el diálogo sublime. El Río
de las Granadas, incendiado
baja a la tarde. Al arroyo
montano salta la imagen
calma del desterrado*
Los pies metidos en su frescura,
con el tupido, sombreado ornato
de la huerta que la circunda,
la acequia es, en esta mañana
y en la tarde aquella, el fluir
de las formas, un pleno instante
en el que tus ojos se ocupan,
por el pintor fijado, como fineza
del agua, con igual líquido trazo.

* Alusión a Li Po, poeta chino del siglo VIII

El fluir de las formas, publicado por primera vez en *Unos poemas para un pintor*. Museo Ramón Gaya, 1995.

CONCHA ZARDOYA (Valparaíso, Chile, 1914 - Madrid, 2004)

Poetisa. Autora de una extensa y fecunda producción poética que ahonda en la realidad social de la España de los años cincuenta y sesenta, desde una perspectiva cristiana, está considerada como una de las voces más destacadas de la lírica española de la segunda mitad del siglo XX escrita por mujeres.

Habitáculo amado

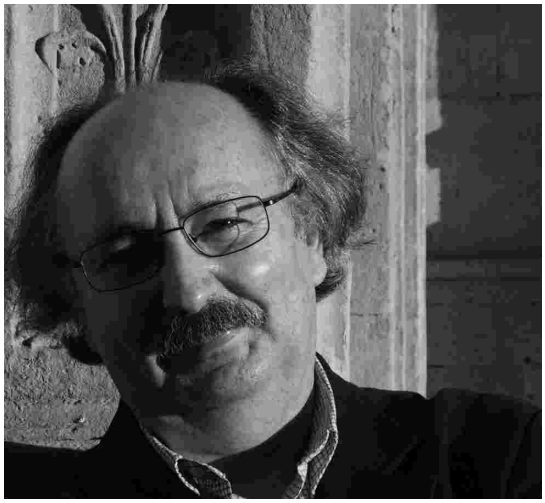
A Ramón Gaya, pintor-poeta

Hay frutas que parecen cristal verde,
un diamante purísimo: transbrilla,
tornasol, esa esfera que reluce:
su pulpa, sus azúcares
reflejan la madera de la mesa,
las luces que divagan por los mimbres.
Las manzanas son prismas que alucina.

En un vaso las flores languidecen
o sueñan junto a libros y abanicos
abiertos o cerrados: su secreto
quisieran descifrar
en la común atmósfera en que viven.
Femenino retrato nos contempla
con fluida mirada que se evade.

Recuerdos de paisajes se insinúan,
de misteriosos cuadros las presencias
desvanecidas casi en este limbo…
Humana intimidad
que así se expone viva en su dintorno,
habitáculo amado y transparente
del alma en soledad y en compañía.

Habitáculo amado, escrito el 10 de febrero de 1987 a raíz de una visita a la exposición de Ramón Gaya que se celebró en enero, en la galería Decaro de Madrid.



ANTONIO COLINAS (León, 1946)

Poeta, novelista, ensayista, traductor y crítico literario. Su obra siempre ha estado abierta a otras culturas, por lo que ésta posee un claro y profundo sentido de universalidad. Ha recibido grandes premios, entre los que cabe destacar el Premio Nacional de la Crítica (1975), el Premio Nacional de Literatura (1982), el Premio de las Letras de Castilla y León (1999) o, en Italia, el Premio Internacional Carlo Betocchi. En 2005 recibió el Premio Nacional de Traducción, concedido por el Ministerio de Asuntos Exteriores de Italia por su traducción de la *Poesía completa* del italiano Salvatore Quiasimodo, Premio Nobel en 1955.

En el Museo

Para Ramón Gaya

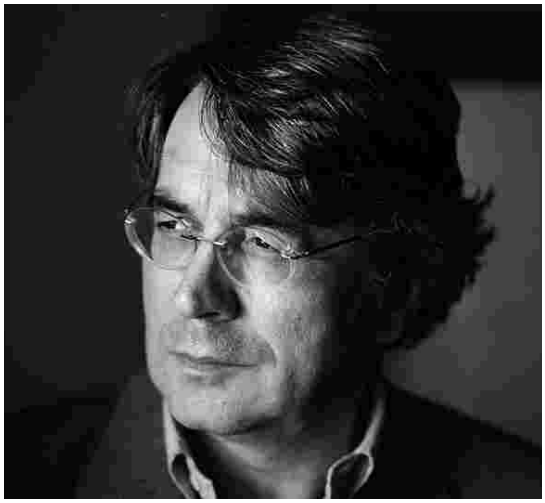
Quisiera penetrar en ese cuadro,
ser en su leve espacio forma leve,
aroma de su atmósfera madura.
Estar en ese cuadro como está
el agua melodiosa de la acequia,
el cielo malva en paz entre las nubes,
o esa luz que desciende como nieve
de hierba o como el oro de los prados.

Regresaría al huerto de la infancia
que perdí, al desnudo de mujer
que es todos los desnudos, a los pinos
de Roma o a esas calles italianas
donde me extravié y fui dichoso.
¡Fundirse en arte para no morir!

Y sabiendo que es mucha la alegría,
el goce de envolverme en esa luz
y ser tiempo en el cuadro que no muere,
quisiera yo también por ser humano
entrar en él para probar dolor,
la luz gris de visillos y de espejos.
Sentir amor y respirar nostalgia
junto a los personajes de los cuadros,
que hieren y, a la vez, nos dan placer.

Penetrar en el cuadro y recibir
de repente el temblor de los cerezos
en el rostro como un fuego que inflama.
No existir, mas durar en las miradas
de cada visitante del museo.
No existir, mas arder muy lentamente
en las llamas-colores del pintor.
No ser nunca como es la carne nuestra,
que no cesa en su grito, y que perece.

En el Museo, escrito tras una visita al Museo Ramón Gaya en octubre de 1990. Publicado por vez primera en el diario *La Verdad* el 14 de noviembre de 1992 con motivo de la visita a Murcia del poeta para presentar junto a Alfonso Pérez Sánchez y Francisco Brines el libro *Algunos poemas del pintor Ramón Gaya*, editado por La Veleta, Granada.



ANDRÉS TRAPIELLO (León, 1953)

Poeta, novelista y ensayista español. En 1975 se trasladó a Madrid. Es colaborador de diferentes publicaciones literarias y director de la colección de poesía *La Veleta*. Ha obtenido importantes premios en el campo de la poesía, la novela y el ensayo. El Premio Plaza & Janés de novela en 1992 (por *El buque fantasma*), el Premio de la Crítica de poesía castellana en 1993 (por *Acaso una verdad*), el Juan de Borbón en 1995 (por el libro de ensayo *Las armas y las letras. Literatura y guerra civil 1936-1939*) y el Premio Nadal en 2002 (por *Los amigos del crimen perfecto*). Es autor de novelas como *Al morir don Quijote* (2006) y *Los confines* (2009) y de un diario titulado *Salón de pasos perdidos*, del que lleva publicadas diecisiete entregas, aparecidas todas ellas en la editorial Pre-Textos.

Año tras año

Para un grabado de Ramón Gaya

Está en una semilla todo el mundo,
por pequeña que sea. Primaveras
y otoños, nidos, nieves, y en su centro
grabados a navaja hasta los nombres
de los enamorados que vendrán
a prometerse amor, año tras año,
cuando se eleve en árbol y en testigo.

En nosotros también la muerte aguarda.
A nuestra muerte dadle tierra suya,
no pedregal, no arena, no baldío,
y la veréis crecer y dar su sombra
a otros enamorados que en sus labios
ofrecerán la rosa, el vaso, el agua,
lo que en todos es muerte y no lo vemos.

Año tras año, publicado en 1991 en *Estación Central*, nº4, con el título de *Año tras año. Para un grabado de Ramón Gaya*, acompañando a un agua-fuerte del pintor. Posteriormente, el autor modificó el título del poema.

El volador de cometas

A Ramón Gaya

Si sólo del dolor, como es probado,
un poco de verdad nos nace
y un poco de alegría,
¿qué es esa escena
en que está Rafael con su cometa
tensando y destensando treinta metros
de nuevo corazón
que amarra al hondo cielo?
¿Cómo puede verdad
manar tan sin esfuerzo y fácil?
En la clave del cielo,
sin otro viento que el azul de agosto
compacto e inamovible,
mira como gobierna su ilusión,
la mecánica ingrávida
que se reparte
con el milano inmóvil
el espacio infinito
de estas oscuras sierras y lugares.
Con qué silencio eleva a lo más alto
su mirada,
con cuánto mimo van sus largos dedos
ya de hombre
recogiendo o saltando
la nave de los sueños.
Ya no es un niño,
ni siquiera un muchacho, y sin embargo
ha vuelto a serlo.
Vedle tan serio interrogando al aire
que de pura quietud casi ni existe,
mientras nos sube a todos,
desde la misma entraña,
alegría y congoja al comprender
que realidad es siempre más
que eso que vemos.
Algo muy verdadero duerme en esa industria
que sostiene el milagro

como una llama viva,
en esas huecas cañas, en el hilo
que a veces se le enreda
entre las ramas negras de un olivo.
Quizá no vuelva nunca a volar su cometa.
Es lo que pienso.
Para él han pasado
los años más felices de su vida
sin que lo sepa aún,
y yo alcanzo a saber lo que hace un rato
creí que no sabía,
que sólo de dolor puede nacer,
de lo que tiene ya de olvido y de pasado,
tan perdurable escena, mientras viva
cualquiera de nosotros.

El volador de cometas, publicado por vez primera en *Unos poemas para un pintor*. Museo Ramón Gaya, 1995.

Para Ramón Gaya

Ayer fueron la infanta y la menina
hace dos días fue sólo una copa
de agua manantial y cristalina,
desnuda hasta el alma de su ropa.

La semana pasada fue un paisaje
mínimo de expresión, claro de fondo,
que le vestía al aire del celaje
azul que todo azul tiene si es hondo.

Ved al viejo pintor tras los postigos.
Está junto al balcón, mira la vida
que transcurre en la plaza, transparencia

de una joven, un niño, unos mendigos.
La belleza es extraña, de una herida
suele nacer, mas es gaya su ciencia.

El poema dedicado a Ramón Gaya fue escrito el 4 de marzo de 1999, día de su exposición en Madrid. Poema inédito.

Brasas, agua

En memoria de Ramón Gaya

La tarde va poniendo suavemente
a las cosas su sombra
y es tan pequeño el mundo
que cabe bajo el brazo, como un cuadro.
Pero es más que un cuadro,
como más que palabras
son todas las palabras importantes.
Hubiérase podido creer de tal crepúsculo,
que se hizo a sí mismo, con sus dones,
igual que sin ayuda el mundo se deshace,
y aunque partiese luego nuestro amigo,
buscó quedarse a solas y escogió en su trabajo,
como escogemos frutos,
algunas pocas brasas por si un día
el sol se retrasaba, y luego él en persona
puso agua en la copa
pensando en nuestra sed, como hace un padre.

De nuevo cae la tarde entre nosotros.
Nuevamente las sombras nos devuelven
al origen de todo, y se deshace el día.
En las manos llevamos estas brasas
por si ya no amanece,
sigue la copa llena de agua fresca
inagotable siempre
y nuestro amigo vive
como un padre
a quien no le hace falta ni siquiera
tenernos a su lado para darse.

Brasas, agua; escrito en memoria de Ramón Gaya, un año después de su fallecimiento, en 2006. Poema publicado años más tarde en el catálogo de la exposición *Homenaje a la pintura* celebrada en el IVAM en el verano de 2010, con motivo del centenario del nacimiento del artista.

Un año después

Siguen aún pinceles y colores
donde tú los dejaste, taciturnos
en sus tarros de arcilla, en una mesa
cubriéndose de polvo poco a poco.
También el caballete, tan vacío,
es andamio sin casa, sólo forma.
Que nadie, sin embargo, desbarate
ese oscuro rincón. A su manera,
mientras sigan reunidas tales cosas,
parecerá que el mundo va a ordenarse
deteniendo su curso como entonces,
y la luna a girar sobre sí misma.

Un año después, escrito en memoria del artista un año después de su fallecimiento, en 2006. Poema inédito.

ENRIQUE DE RIVAS (Madrid, 1931)

Salió de España con su familia poco antes del final de la guerra civil para refugiarse en Francia y, en 1941, en México, donde transcurrió toda su adolescencia. Llevó a cabo sus estudios universitarios en México, Puerto Rico y Estados Unidos (California). Ha ejercido como profesor de Literatura e Historia en Berkeley y en México. Desde 1967 se estableció en Roma, Italia, donde vive la mayor parte del tiempo. Su obra poética publicada incluye: *Primeros poemas* (1950) *Diario de Octubre* (1961) *Las puertas de la noche* (1965) *En la herencia del día* (1966) *Tiempo ilícito* (1981) *Como quien lava con luz las cosas* (1984) *El espejo y su sombra* (1985) y *Fastos romanos* (1995). Ha publicado dos libros de ensayos sobre literatura medieval: *Figuras y estrellas de las cosas* (1969) y *El simbolismo esotérico en la literatura medieval española* (1989). También para la editorial Pretextos ha preparado y comentado obras de Manuel Azaña (*Fresdeval*, *Apuntes de memoria*) y de Cipriano de Rivas Cherif (*Cómo hacer teatro*) y la correspondencia entre estos dos escritores. Ha traducido del italiano *Melville o el abandono del Zodíaco* de Elémire Zolla, *La infancia dorada* de Elena Croce y de Paola Capriolo *La gran Eulalia* (1990) y *El barquero de las ánimas* (1991). De su obra narrativa se han publicado *Endimión en España* (Bogotá, Razón y Fábula, 1968) y la novela autobiográfica *Cuando acabe la guerra* (1992).

Voces de la luz

Homenaje al soneto de Ramón Gaya "El Tévere a su paso por Roma" y al gouache que corporiza en sus aguas a la mole-tumba del Emperador Adriano bajo la espada del Arcángel San Miguel, que es también espadaña.

Exordio

Aquí, donde el laurel, ciprés y pino
se inclinan bajo el gladio del Arcángelo,
y se curva entre nubes Michelángelo,
vengo hoy a respirar, en donde vino

a reposar Adriano su destino
de eterno anhelador; donde el anhelo
de Bernini a los ángeles del cielo
forzó a pisar el mármol del camino;

aquí, donde a la faz del agua asoma
la onda leve de un verso quevediano
y de Séneca en ecos se desmaya,

desde el más afilado aire de Roma,
quiero viajar al fondo de su arcano
respirando la luz de Ramón Gaya.

…sus aguas son de carne entreverdosa
…es una tumba viva y temblorosa
que va hundiéndolo todo en su regazo.
R. G.

I
Voz del Tíber

Si es tumba viva mi corriente dura,
cuando el pintor me ausculta con pinceles,
tú, que naciste tumba entre laureles,
¿qué has de ser, sino doble sepultura?

Si en mi cuerpo desdoblas tu figura
mortalmente al revés, y somos fieles,
yo, al agua, tú a la piedra que ser sueles,
sólo mi cuerpo vida te asegura,

pues tu mole de almenas es ceniza,
polvo ya de futuro; y yo, presente,
doy mi carne a tu imagen que desliza
desde los ojos blancos de mi puente
la mirada pensante que eterniza;
mira como te salva: sabiamente.

II
Voz de la mole adriana:
(Castel Sant'Angelo)

No soy ya lo que fue; y si aún lo fuera,
sombra no más sería del ausente
que en mi cuerpo habitó con luz doliente
sabiendo que un testigo sólo era.

No era más, ni fue más la lenta espera
de su transcurso fiel por lo presente,
renovada en sí misma, tercamente,
fingiéndose corpórea y verdadera.

Verdad fui y no lo fui. También fui pura
resonancia de vida traspasada
filtrada en el amor de lo absoluto.

Mi presencia fue nada. Hoy, que perdura
hecha esencia, en tu cuerpo trasvasada,
da en la luz de tu luz, luz al minuto.

Lo pintado no es nada, es una cita.
R.G.

III
Voz del Tíber

Más que en mí, estás conmigo, en una cita
que el tiempo convocó sin consultarnos;
hoy que nos encontramos sin buscarnos,
el lienzo, en su silencio, nos medita.

Nos medita y nos crea, nos incita
una vez más a ser, y siendo, a darnos
mutuamente lo mismo que, al hallarnos,
quisimos ocultar; como quien quita

de sí mismo la carga que más quiere
para añadirla al ser que tiene lejos,
la música intuyendo de su modo:

tu cuerpo es mi dolor que mi agua hiere,
y al herir al pintor nuestros reflejos,
suena, viva en su luz, la luz del Todo.

Voces de la luz, escrito en la primavera de 1993 a raíz de la visita al Museo el 12 de febrero de dicho año. Traducido al italiano se publicó en el catálogo de la exposición *Ramón Gaya en Italia*, celebrada en la Academia de España en Roma en mayo de 1995.

A Ramón Gaya en su tránsito

"Lo pintado no es nada, es una cita
-sin nosotros, sin lienzo, sin pintura-
entre un algo escondido y lo aparente"

De "Mansedumbre de obra" R.G.

El caballete vacío

El caballete ahí, como esperando
el toque de su mano, su mirada,
el peso de la tela preparada
para la obra de hoy. Pero ya el cuándo
no cabe en el reloj. Desorbitada
la luna del espejo está buscando
luz e imagen en su aire respirando,
mas luz, imagen y aire son ya nada.

¿Son ya nada o ya Todo? Transparencia
es el hueco dolor de la madera,
el agua inmóvil que el espejo habita;
el alma, ya abandono; el ser presencia;
certidumbre el vacío de la espera
mansamente acudiendo hoy a la Cita.

El caballete vacío, escrito el 16 de octubre de 2005, un día después del fallecimiento del artista.

Acuarela con barca sobre un río

En el centenario de Ramón Gaya
TRÍPTICO

Cuando medía el tiempo
mis pasos por la tierra
sus signos encontraba
en esas nubes llenas
que caían al río
como si de sus velas
el navío del cielo
desprenderse quisiera.
Y yo las recogía
una a una, en la espera
de ponerlas de nuevo
sobre la nave aquella
que en el agua flotaba.
Eran nubes de vida
con vocación de estrellas,
y en el alba nacían
otra vez nubes nuevas.

Hoy que el tiempo quieto
tan sólo mido huellas
en la bóveda madre
donde la nave espera
zarpar por otro océano
sin nubes, sin estrellas,
oigo un eco de imágenes
en la corriente espesa,
como si de una música
que oscuramente fuera
las notas de las nubes
ya todas en cadena
de blancura, que el tiempo
sembrado devolviera
en signos trasparentes
de un alma, que acudiera
a entregárseme, entera.

Viene la luz ya tibia
con suavidad de plata
veteada de memoria
de una canción lejana.
Del dorso de la loma
nostalgia de campanas
a un punto eterno fija
el aire que ahora pasa.
Y queda aquí suspenso
un arco de palabras
que va de orilla a orilla
esperando la barca.
Vendrá la barca oscura
sobre ese cielo de agua
que pone en los paisajes
la turbiedad sagrada,
y se oirá en el silencio
romperse las palabras
una a una, cayendo
como gotas cantadas
de una canción: "va llena
de su carga la barca;
fijo ha quedado el aire
su luz tibia, de plata."

Acuarela con barca sobre un río, escrito en 2010 y publicado en el catálogo de la exposición *Homenaje a la pintura* celebrada en el IVAM en el verano de 2010, con motivo del centenario del nacimiento del artista.

RAMÓN MAYRATA (Madrid, 1952)

Escritor, poeta y guionista de radio y televisión. Sus poemas iniciales aparecieron en la antología *Espejo del amor y de la muerte*, prologada por el Premio Nobel de Literatura Vicente Aleixandre (1971). Un año más tarde publica su primer libro de poemas: *Estética de la serpiente* (1972). Trabajó como antropólogo en el antiguo Sahara español en pleno proceso de descolonización. Estas experiencias fueron la materia de su primera novela: *El imperio desierto* (1992), donde narró los últimos momentos de la descolonización fallida del Sahara Occidental y los comienzos de una larga guerra. Ha escrito numerosos textos sobre arte.

La copa en la alacena

Como pie descalzo
se apoya en la alacena
esa copa vacía
que siente la madera
sobre la que reposa,
su peso y su firmeza
a través del cristal.

Transparencia tan cierta
que troca lo espeso en claro,
en aire la firmeza,
el peso en levedad,
casi en cielo la tierra.

Un vacío esencial
que la mirada llena.
Despojada y desnuda,
en el aire aprecia,
sin rasguño o desgaste,
sólo un fulgor apenas.

La realidad salvada
es sólo transparencia,
donde la madera es aire
y el aire es madera.

En su hondura el cristal
muestra el hueco que encierra
y también es trasluz
de cuanto le rodea.

La copa en la alacena fue publicado por vez primera en el catálogo de la exposición de *Ramón Gaya* en el Palacio Almudí de Murcia en marzo de 1995. En 1996 fue publicado en *Sin puertas* de la editorial Pre-Textos.

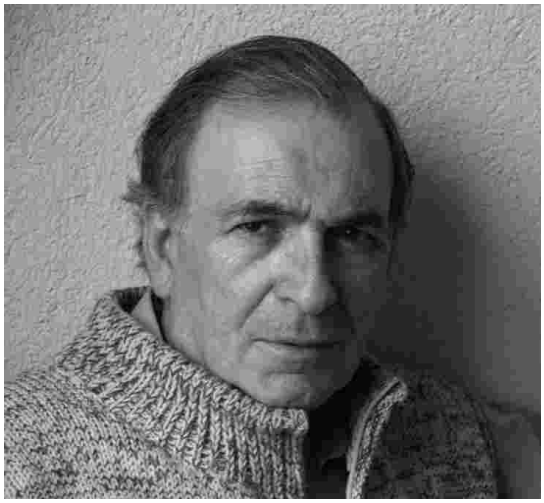
República

Para Ramón Gaya

En tus manos
las bridas deshechas.
Entre tus piernas
negro hueco el caballo.
Espuelas sin ijares
se topan y rechinan.

Y aún cabalgas
como sobre la noche
galopa el alba.

República fue publicado en la revista *Arrecife*, Murcia, 1995. Un año más tarde se recoge en *Sin puertas* de la editorial Pre-Textos.



JOSÉ MIGUEL ULLÁN (Salamanca, 1944 - 2009)

Poeta, traductor y ensayista. Fue una de las figuras sobresalientes de la nueva poesía española. Durante su estancia en Francia, de 1966 a 1970, siguió los cursos de Pierre Vilar, Roland Barthes y Lucien Goldmann en la École Pratique des Hautes Études. Mantuvo una gran actividad dentro del periodismo cultural, dirigiendo importantes publicaciones y programas en Radio Nacional de España, Televisión Española, *Diario 16* y editorial Ave del Paraíso. Desarrolló una línea original de poesía visual publicando varios libros en colaboración con pintores y compositores.

La llamada

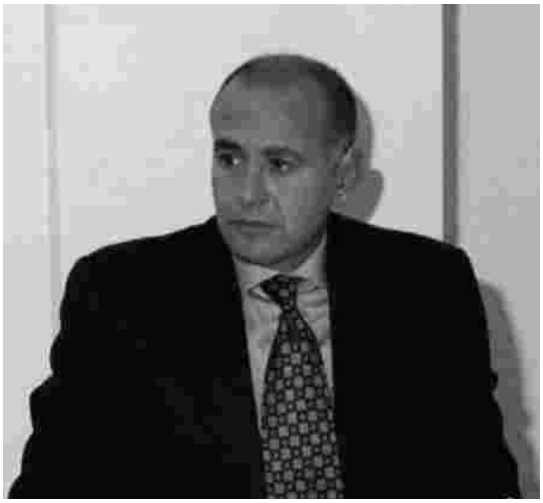
(Acuarela de Ramón Gaya)

Fluye el color fingido
(de rosa blanca a sombra verde) cuando
la verdad es llamada a más:

libre de unicidad, pero aún más libre
del reflejo -adherido a algo
nunca sacrificial: casi palpable.

Fluye el color fingido
(de sombra verde a rosa blanca) cuando
fluye sin más ni más: fluye sin cauce.

La llamada, escrito en 1993 y publicado en *Visto y no Visto*. Posteriormente traducido al francés, se incluyó en el catálogo de la exposición *Ramón Gaya et la France* celebrada en el Instituto Cervantes de París en abril de 1995, y traducido al italiano, en el catálogo de la exposición *Ramón Gaya in Italia*, celebrada en la Academia de España en Roma en mayo de 1995.



FERNANDO ORTIZ (Sevilla, 1947)

Poeta, ensayista, articulista y crítico literario. Ha ejercido la crítica en *La Estafeta Literaria*, *Ínsula* y *El País* y ha sido columnista de *Diario 16* de Andalucía y colaborador asiduo en la prensa andaluza. En los años ochenta fue miembro de la Asociación Española de Críticos Literarios y jurado de los Premios Nacionales de la Crítica. A partir de la publicación de *Vieja amiga* (1984) inició una segunda etapa, en la que su poesía refleja una hondura de sentimiento y desolación que contrapone a la visión de su Sevilla natal y su Andalucía más profunda. Es autor de un estudio sobre *La estirpe de Bécquer* (una corriente central en la poesía andaluza contemporánea), de 1985, y de la recopilación de ensayos *Verso y glosa* (1996), en los que hace penetrantes estudios de autores como Romero Murube, Gil-Albert, Montesinos, García Baena, García Ulecia y Salvago. Ha editado, además, un epistolario inédito de Luis Cernuda (1981).

De escritor a escritor

Glosa a un soneto de Ramón Gaya

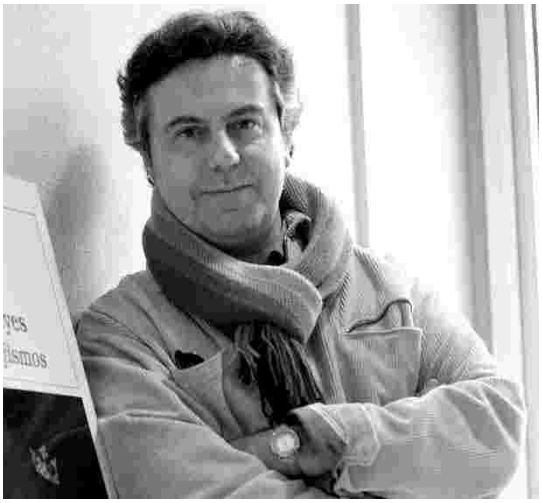
Qué humilde la verdad de la hermosura.
La copa de cristal con unas flores.
La delgadez del aire. Los colores
en que la luz deshace su textura.

Qué viva sencillez y qué mesura
y qué carnalidad. Ah los primores
de lo esencial; de claros, turbadores.
Pan y sal, vino y agua en tu pintura.

Tu aventura *se asoma a un precipicio,*
entra en una honda gruta y le habla a un pozo
y el agua le responde desde abajo.

No es tu pintura oficio, *es sacrificio*
es quitar, desnudar; y trozo a trozo,
el alma va *acudiendo sin trabajo.*

De escritor a escritor, escrito el 21 de septiembre de 1995 para el número de la revista *Arrecife* dedicado a Ramón Gaya y titulado *Del color y la palabra…*



FELIPE BENÍTEZ REYES (Cádiz, 1960)

Poeta, novelista y articulista de prensa. Ha obtenido el Premio de la Crítica, el Premio Ateneo de Sevilla de novela, el premio Fundación Loewe, el Premio Hucha de Oro de relatos, el Premio Julio Camba de periodismo y el Premio Nacional de Literatura, entre otros. Su poesía está recopilada en el volumen *Trama de niebla*. Entre sus novelas, traducidas a diversos idiomas, pueden destacarse *Humo*, *La propiedad del paraíso*, *El novio del mundo*, *El pensamiento de los monstruos* y *Mercado de espejismos*, con la que obtuvo el Premio Nadal.

5 rosas desordenadas

Para Ramón Gaya

Si la acequia la cruza un agua fría,
tiembla la mano,
y corta
la rosa de cristal de la mañana.

Los pájaros parecen
mandolinas cubistas cuando trinan
al cesar la tormenta en Hiroshige.

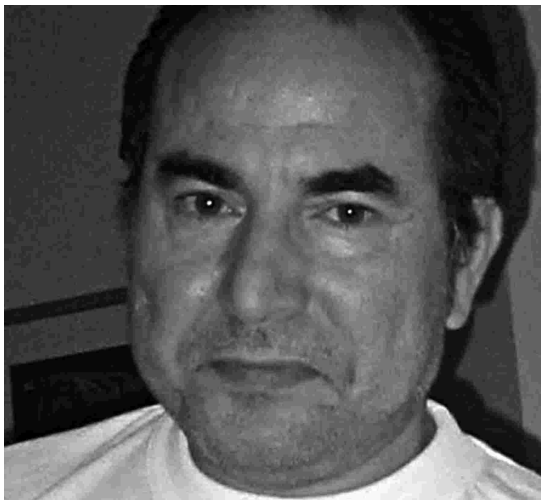
París es un invierno con tres barcas
varadas fantasmales junto a un puente
y en el foro romano alguien se asoma
a conocer la luz que es una exacta
y derramada rosa por el aire.

Por Riva de Schiavoni pasa gente
y en una habitación hay dos muchachas
que oyen pasar el tiempo
sobre la rosa blanca de su carne.

Está dorada el agua de Venecia.
Avisan la tormenta turbias nubes
y parece romperse el aire terso.

El mundo es misterioso si alguien llena
la copa de cristal con una rosa.

5 rosas desordenadas, publicado en 1995 en el número de la revista *Arrecife* dedicado a Ramón Gaya y titulado *Del color y la palabra*….



ANTONIO PARRA (Murcia, 1954)

Licenciado en Filosofía y doctor en Ciencias de la Información. En la actualidad ejerce como profesor de Periodismo en la Universidad de Murcia. Es autor de varios libros sobre su especialidad académica, siendo también escritor y periodista en activo. Entre sus publicaciones cabe destacar *El obispo de Tánger* (relatos), *Poesía y Razón* (ensayo) y *Tardes de domingo* (poesía). Colabora en periódicos como *La Razón* y *El País*.

A Gaya

La usura del tiempo en la mano.
Y en el cuadro, otra usura:
la claridad sin forma de la pintura
que desvela silenciosa un arcano.
No es el tiempo el que deshace sino el grano
que va dejando sin perfil a toda broza.
Secreto el misterio se oculta en vano:
el pincel que en el lienzo apenas roza
sólo quita y prepara el barbecho a la verdad.
Renace limpia la hermosura. ¡Dios, la claridad!

El poema dedicado a Ramón Gaya está escrito en diciembre de 1995 y publicado por vez primera en *Unos poemas para un pintor*. Museo Ramón Gaya, 1995.

FRANCISCO BRINES (Valencia, 1932)

Poeta y ensayista. Estudió Derecho en las Universidades de Deusto, Valencia y Salamanca y cursó estudios de Filosofía y Letras en Madrid. Está considerado como uno de los poetas actuales de más hondo acento elegíaco. Fue profesor de Español en la Universidad de Oxford. En el año 2001 fue nombrado miembro de la Real Academia Española, para ocupar el sillón X, vacante tras el fallecimiento del dramaturgo Antonio Buero Vallejo. Tomó posesión el 21 de mayo de 2006. Su obra poética, en la que se percibe una evidente influencia de Luis Cernuda, se caracteriza por un tono intimista y por la constante reflexión sobre el paso del tiempo. Muestra una obra con hondas reflexiones sobre la vida y la muerte, entre las cuales se destacan: *Las brasas* (1959), *El santo inocente* (1965), *La muerte de Sócrates* (1965), *Palabras a la oscuridad* (1967), *Aún no* (1971), *Poesías* (1960-1971), *Insistencias en Luzbel* (1977), *El otoño de las rosas* (1987), *La última costa* (1995), *Breve antología personal* (1997), *Selección de poemas* y *Ensayo de una despedida*. Le siguen, en 1998, *Antología poética* y, en 2004, *Amada vida mía*.

La mirada del pintor

Homenaje a Ramón Gaya

I

Alguien deja en mis ojos su mirada,
y en ellos queda el mundo
salvado en tiempo antiguo y respirado.
Una ciudad con lluvia o con un río
de presencia gozosa, y el reflejo
de cuanto se estaciona en las orillas
para así desnudarse y estar vivo.
Corre una acequia ahora entre frutales
en el atardecer.

Y en esta habitación el espejo refleja
una mesa sencilla con limones,
la taza y un clavel,
el abanico rojo y las granadas,
un pájaro en su jaula, los jazmines
reposando en un lienzo, y una rosa
en una copa de agua. Todo es luz
en tránsito mortal, pero no hay muerte,
y el aire transparenta la aflicción
y la dicha, pues aquí sólo hay vida.

II

Conversan en un ámbito doméstico,
y en silencio apacible, las miradas
de unos seres lejanos,
que sin tiempo ni espacio aquí recobran
el mundo que perdieron. Se cobijan
en las aguas oscuras de unos ojos
en los que se aposenta con amor,
unidos todos ellos en el tiempo
del hombre que los mira y que los salva.

Así en nuestra mirada se ha alojado,
entreabriendo los párpados de rosa,
humilde y fiel, un mundo más hermoso,
que ahonda la existencia
antes de que se borre para siempre.

III

Después se anuncia la verdad más honda:
detrás de la mirada se desvela
la realidad como una nada viva.

La mirada del pintor, publicado como colofón de la introducción a *Algunos poemas de Ramón Gaya*. Valencia, Pre-Textos, 2001.

La tarde imaginada

A Ramón Gaya

Si ahora pudiera ver las desnudas montañas de Oliva,
la exangüe luz cayendo entre sus piedras,
a sus pies los naranjos sombríos,
el aire azul en torno de la casa
y al frente el mar, muy pálido.
Estar mi cuerpo allí, sabiéndome aún vivo
y, por ello, feliz
o esperanza de serlo.

Escribo en esta tarde, con la luz de Madrid que cae en las terrazas,
la tarde en que imagino que estoy allí, en la piedad de Elca,
o escribo para siempre desde la noche inmensa e impura
en que no me sé vivo.
Y desde ahí, tan árido,
porque mi mano, en el espectro del papel, enciende
vagamente palabras espectrales,
dar testimonio inútil
de que estuve en la vida afortunada
y tuve la experiencia de la felicidad.

Sólo porque en mis ojos las tardes, sucesivas, se acogieron,
como en las ramas paran los sucesivos pájaros,
puedo desde este hueco seco
hacer mover el aire en una tarde incierta,
ni siquiera extinguida, pues que fue imaginada,
y así resume todas las tardes de mi vida.

¿Y a mí, quién podría salvarme?
¿Tus ojos, que ahora crean mi tarde inexistente?
Lector, esfuérzate, y enciéndela:
está donde un olor de rosas te llega del camino.
Si existo es porque existes.

Tú repites mi vida, y no la reconozco.

La tarde imaginada, publicado en *La última costa*, Tusquets Editores, en 1995.

JUANA MARÍN SAURA (Murcia, 1953)

Poeta. Cursó estudios de Artes Plásticas y Literatura, es escritora habitual en revistas, libros, catálogos de arte y literatura; articulista en prensa, colaboradora en programas culturales... Profesora invitada de talleres literarios, conferenciante en universidades y centros docentes. Cofundadora de la revista cultural *Azahara* (Murcia, 1978-1980). Es Premio Internacional de Poesía Zenobia (Madrid, 1989). Toda su obra se encuentra recogida en *Carta de navegación* (Poesía, 1975-2005), editado por la Universidad de Murcia en 2006.

Al pintor Ramón Gaya en el adiós

Nunca la belleza
tuvo tan fiel aliado
hecho pulso, latido
sobre el lienzo.

Huérfanos quedaron hoy
todos los colores del mundo.

Al pintor Ramón Gaya en el adiós, escrito días después del fallecimiento de Ramón Gaya, en octubre de 2005. Inédito.

CARLOS CLEMENTSON (Córdoba, 1944)

Poeta, ensayista y traductor. Cursó estudios de Filología Románica en la Universidad de Murcia, en la que obtiene su licenciatura en 1968. Ese mismo año comienza su actividad docente universitaria como adjunto interino de Literaturas Románicas y profesor de la asignatura de Estilística Francesa en la Facultad de Letras de Murcia. Desde 1973 imparte la enseñanza de las asignaturas de Literatura Española en la Facultad de Filosofía y Letras de Córdoba y Lengua y Literatura Catalanas. Es doctor en Filología Románica, por la Universidad de Murcia, con una tesis sobre "La revista *Cántico* y sus poetas". Ha vertido en verso castellano más de diez mil versos de Ronsard y otros poetas franceses, así como una nutrida antología de poetas portugueses y catalanes, con algunas incursiones también en la lírica inglesa, como su traducción en verso de *En una orilla desierta* de Kathleen Raine y *Lamentos y añoranzas* de Joachin Du Bellay. Colabora asiduamente, con numerosos trabajos de crítica y creación, en el suplemento *Cuadernos del Sur* del *Diario Córdoba* y en las revistas *Arrecife, Monteagudo* y *Postdata* de Murcia. Es miembro correspondiente de la Real Academia de Córdoba y la de Alfonso X el Sabio de Murcia.

Tras una visita al Museo Ramón Gaya

Porque con tan escuetas pinceladas
Puedes darnos razón de tu verdad.

Porque ese halo dorado que proyectan,
no vela, antes desnuda la verdad.

Porque esta luz tranquila y pensativa
nos revela - ¿oro o polvo?- tu verdad.

Porque este mundo cálido y vivido
se hace alma a la luz de la verdad.

Y porque sin un gesto o vano alarde
canta limpia y desnuda esa verdad,

con lúcida mesura, amor y gracia,
y en soledad, como se escucha el mundo,
sin levantar la voz (cantando solo
para nuestro interior), el maestro escucha,
escucha en soledad para nosotros
(no como el monje aquel que en un instante
se abrió a la eternidad del infinito),
escucha en gratitud por tantos dones,
con terrenal fervor por tanta vida
la honda revelación del más acá.

Tras una visita al Museo Ramón Gaya, escrito tras visitar el Museo Ramón Gaya en el año 2007. Inédito.

CARLOS MARZAL (Valencia, 1961)

Se licenció en Filología Hispánica por la Universidad de Valencia. Inscrito en la llamada Poesía de la Experiencia es profesor de Literatura en el Instituto Puerto de Sagunto y ejerce como crítico literario en *ABC Cultural*. Ha sido codirector, durante los diez años de su existencia, de *Quites*, revista de literatura y toros. Su obra se ha incluido en las más importantes antologías poéticas y ha sido galardonada, entre otros, con los siguientes premios: Premio de la Crítica 2002, Premio Nacional de Poesía 2002, por *Metales Pesados*, en 2003, obtuvo el Premio Antonio Machado y en 2004, el XVI Premio Internacional de Poesía Fundación Loewe por su obra *Fuera de mí*.

Lecciones de una flor
(Ramón Gaya pinta)

Una flor se desmaya en este vaso
y sueña los problemas de la esencia:
el perfume y lo eterno. La conciencia
es esa flor desnuda en cada caso.

Se abstrae en lo fugaz y duerme al raso,
asombrada de ser la transparencia,
el agua del pensar, que con paciencia
nos urde a ti y a mí en nuestro fracaso.

Pintar es descubrir a cada paso
que todo forma parte de una ciencia
que aspira a la verdad, no a la apariencia,
por más que esa verdad no exista acaso.

El artista que ves no busca: halla.
Eso enseña una flor en Ramón Gaya.

Lecciones de una flor, escrito en 2009 y publicado en el catálogo de la exposición *Homenaje a la pintura* celebrada en el IVAM en el verano de 2010 con motivo del centenario del nacimiento del artista.

PILAR PARDO (Murcia, 1964)

Licenciada en Filología Hispánica. *Temporada de fresas* es su primer libro. Una primera versión abreviada del mismo fue merecedora del Premio Florentino Pérez – Embid, 2009.

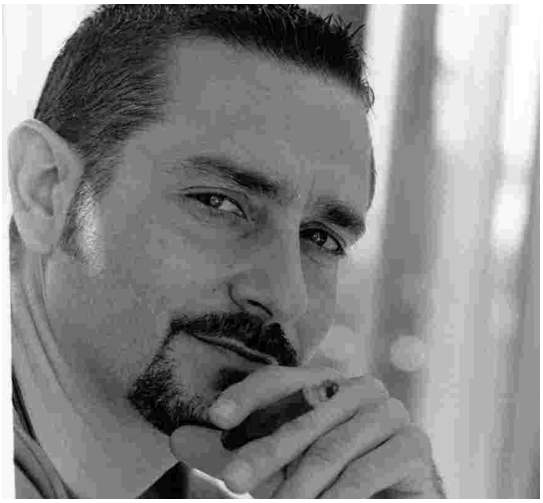
El pintor

A la memoria de Ramón Gaya

Pasó su vida como aquellas algas
que van filtrando el lodo
y asientan lo confuso,

creando alrededor
fanal de agua tan clara
que parece imposible mirar su transparencia.

El pintor, publicado en *Temporada de fresas* por la editorial Siltola Poesía, el año del centenario del nacimiento del artista, 2010.



VICENTE GALLEGO (Valencia, 1963)

Ha publicado los libros de poemas *La luz, de otra manera* (1988), *Santa deriva* (2002), *Cantar de ciego* (2005) y *Si temierais morir* (2008). Los dos primeros están recogidos en el volumen titulado *El sueño verdadero* (Poesía, 1988-2002). *El espíritu vacío* (2004) es su última obra publicada como narrador. Actualmente está terminando su nuevo libro, *Consideraciones sobre el rostro original*, donde se procura esclarecer el alcance de nuestra verdadera identidad, la del Ser que reúne.

A Ramón Gaya, maestro de vida con serlo del mirar sincero

Usando del soneto por ti amado,
maestro de humildad -que al hueco artista
desterraste del arte y fue tu agrado
defenderlo y librarlo del que avista

su fantasma en el cuadro y así errado
da en el falso pintar, pues pone lista
de fines y proyectos, excusado
de ver que la verdad es imprevista-,

la lección de tu prosa enamorada
y tu pintura quiero agradecerte:
si no hay en nuestro amor quien lo concibe,

¿cómo habrá creador de la obra amada?
aunque sólo el que nace al darse muerte
ve tal inmensidad, y en ella vive.

A Ramón Gaya, maestro de vida con serlo del mirar sincero, escrito en 2010 y publicado en el catálogo de la exposición *Homenaje a la pintura* celebrada en el IVAM en el verano de 2010 con motivo del centenario del nacimiento del artista.

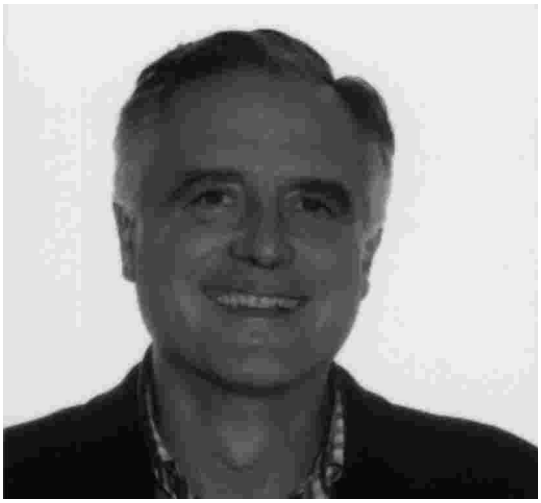
ÀLEX SUSANNA (Barcelona, 1957)

Escritor y poeta, activo en varios frentes. Entre sus facetas hay que destacar las de poeta, gestor cultural, editor (Columna Ediciones), traductor (en catalán y castellano) y profesor universitario (en la Universitat Rovira i Virgili). Dirigió el Festival de Poesía de Barcelona (que había fundado), el Departamento de Cultura del Institut Ramon Llull y la Fundació Caixa de Catalunya. Su tarea ha sido reconocida con premios literarios de magnitud (como el Carles Riba de poesía o el Josep Pla de narrativa). Otra forma de reconocimiento le ha llegado con la traducción de su obra a varios idiomas.

Impromptu Gayesc

Com certa música o poemes,
com certes dones, hi ha ciutats
que no sempre entenem
ni on ens és donat entrar
si no és aprenent a escoltar-les
-en el seu fraseig quequejant,
voluble o arravatat; aprenent
a enfocar la nostra mirada
per encaixar amb el seu cos,
els seus carrers trencats,
els seus barris entotsolats,
la boira de molts dies,
els colors rovellats,
les finestres cegades,
un aire viciat de temps,
aquests silencis tan sobtats:
el seu cor somnolent
i aprensiu com un mol·lusc.

Impromptu Gayesc, escrito en 2010 y publicado en el catálogo de la exposición *Homenaje a la pintura* celebrada en el IVAM en el verano de 2010 con motivo del centenario del nacimiento del artista.



JOSÉ RUBIO FRESNEDA (Murcia, 1951)

Licenciado en Derecho, escritor y poeta ha publicado dos libros de poemas: *Después de la señal*, en 2003, y *Días aparte*, en 2010, ambos publicados por la editorial Pre-Textos.

Cerca del río

Hace días que vuelvo
aquí, cerca del río, por mirar a esta hora
aquel grupo de cañas que puntean el cielo,
o la línea desnuda de los montes,
bajo una luz escasa cuando el paisaje es sólo
un color que resiste.
Hace días que vuelvo
a mirar el paraje que mirabas,
y tres tardes seguidas he soñado contigo.

Un Alba

Si aquel espacio en blanco es el silencio
que bordea el contorno
de esa viva pintura, es muy difícil
que este tiempo ruidoso la comprenda.
La voz de su sentido es como un alba
reciente, que insinúa la forma de las cosas,
las saca de la noche, las coloca en el mundo,
y les infunde vida, y habla quedo.

Cerca del río y *Un Alba* fueron escritos en 2009 y publicados en el catálogo de la exposición *Homenaje a la pintura* celebrada en el IVAM en el verano de 2010 con motivo del centenario del nacimiento del artista.

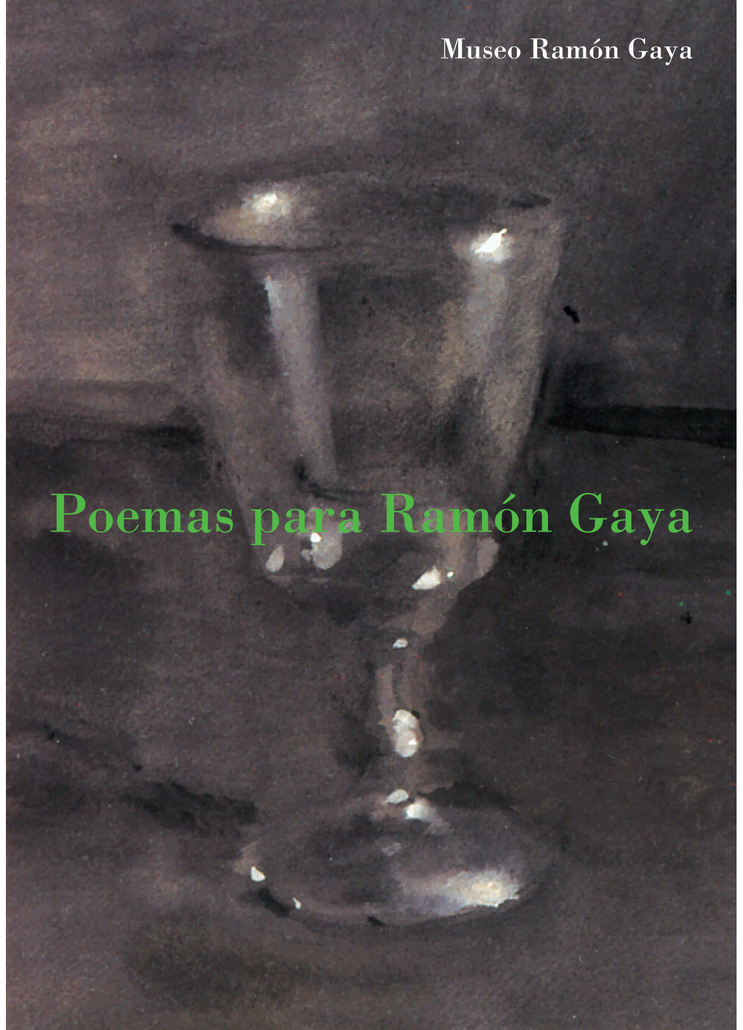
Nota a Ramón Gaya

Que la emoción no empañe
lo que debe decirse, la justeza.
Aunque yo no pretendo
otra cosa que hablarte.
Toma entonces mi apunte como algo
que confiesa un amigo.
Porque todo está dicho de antemano,
y lo tuyo es silencio.
Comentarlo es difícil, como hablar de la línea
desnuda de los montes, o del mar, o de un río.
Pero sólo interesa lo difícil.
Y por eso te escribo, asumo el riesgo,
para respirar hondo
el esplendor que fuiste,
y que su luz perdure
en mi vida, y que colme mis manos
aquel oro cobrizo de tu obra.

Nota a Ramón Gaya, escrito el 24 de febrero de 2011 en recuerdo a Ramón Gaya. Inédito.

MUSEO RAMÓN GAYA

AYUNTAMIENTO DE MURCIA



Museo Ramón Gaya

Poemas para Ramón Gaya

ENTIDADES COLABORADORAS DEL MUSEO

CAJAMURCIA

IBERDROLA

CAM Caja Mediterráneo

LA VERDAD

La Opinión

FUNDACION Banco Santander

ARTES GRAFICAS NOVOGRAF, S.L.

El Corte Inglés